

**Palabras del Presidente de la República, José Mujica, correspondiente al 26 de setiembre de 2014.**

Amigos, les va a resultar curioso, distinto, algunas cosas muy sencillas y evidentes, pero muy olvidadas, que hoy vamos a decir un poco hartos de tanto bolazo que se dice.

Hace algún tiempo presenciaba por televisión un reportaje que le hacían a China Zorrilla, esa señora tan emblemática. Y recuerdo que decía discrepar con esa educación de poner letreros para el tránsito, anunciando las escuelas para que el tránsito sea prudente, aminore la marcha, etcétera, porque decía esta señora tan fértil que el asunto era que los gurises aprendieran a cuidarse a sí mismos, que el quid de la cuestión es que supieran cruzar sin depender de otros, sino de sí mismos, porque en definitiva el tráfico cada vez iba a ser peor, y esa debía ser una cualidad que había que incorporar desde los primeros años, y por lo tanto había mucho que machacar en ese sentido.

Los cierto, amigos, es que cada vez que salgo a la ruta, por un lado me encuentro un accidente de tránsito, las más de las veces, y esto le pasa a todo el mundo, son accidentes de moto. Y todo lo más frecuente que la causa es imprudencia humana, exceso de confianza y hasta, palmariamente, verdadera temeridad.

Se pone en juego y se arriesga la vida propia y la de otros precisamente por nada, tal vez, y no lo sé, por una oscura sensación de poder interno.

Por otro lado, en las visitas que he hecho al Comcar, allí a esa zona donde crecientemente cientos de presos se transforman en trabajadores sistemáticos, verdaderamente útiles para un camino de recuperación. Lo cierto es que me impresiona la cantidad de gente joven en un país promedialmente muy entrado en años.

Y me asusta que tanta gente joven, en vez de vivir la vida con libertad, termina sacrificando la libertad por una miserable opción económica que los arruina y que en el fondo apenas sirve para quemarles su propia existencia.

¿Por qué digo estas cosas? Porque no son ninguna novedad, porque esto es sabido, porque es evidente, sí, es casi dolorosamente evidente y todos lo sabemos. No tenemos por qué insistir mucho, pero hay algo en que considero estamos fallando largamente los mayores: gastamos poco tiempo, no tenemos tiempo para machacar y machacar en la cabeza de las nuevas generaciones la acumulación de la experiencia de la conducta de vivir.

No se le puede pedir a la gente joven que tenga así como así el resultado de lo que no ha vivido. Es obvio que el porvenir es de los jóvenes, es evidente, más que evidente, pero desgraciadamente la honda sabiduría del buen vivir se va en general fijando con los golpes que dan los años y el haber vivido.

Es muy poco lo que los seres humanos aprendemos cuando no lo hemos vivido, y como es muy poco lo que aprendemos por lo que nos dicen, hay mucha necesidad de machacar y machacar y machacar mucho para poder contrarrestar esa tendencia ingenua, natural, esa tontería natural, ese exceso de confianza ingenio de aquellos que han vivido muy poco.

En nuestra sociedad los padres, los abuelos, los viejos en general gastan poco tiempo en nutrir la cabeza de los muchachos. Entonces, no aprenden a cruzar el camino de la vida con los riesgos que por un lado y por el otro tienen.

No alcanza con dejar a los muchachos en la puerta de la escuela o en la puerta del liceo, nada nos asegura que con eso estamos cumplidos. Hay una honda y larga necesidad porque los seres humanos en formación son maravillosos. Es gigantesca la enorme capacidad de aprender, pero hay que ser amigo mayor de la gente joven, hay que intimar con sus problemas, hay que recepcionar sus hondas confesiones, hay que estar al lado de las incertidumbres, hay que tratar de poblar sus soledades afectivas.

Hay mucho y mucho para hablar sobre las encrucijadas, las esquinas peligrosas que la vida nos presenta en el devenir constantemente.

Hay demasiados espejismos y, naturalmente, no se puede pedir que la gente que ha vivido poco esté en guardia permanentemente frente a esas esquinas peligrosas. Esto requiere una formación que tiene mucho de afectivo, que tiene mucho de relación humana, que tiene muchos que tienen que volcar las arrugas, las canas, los dolores padecidos a las nuevas generaciones que están despuntando en el transcurso de la vida y somos poco amigos entre nosotros, no tenemos tiempo, nuestras sociedades parece que quieren educar para el éxito y el éxito —y el éxito ya sabemos cuál es— y no intentan educar para el camino de la vida misma.

Parecería que no se puede gastar tiempo en transmitir cosas que en el fondo no son servicios ni mercadería facturable, porque todo lo que se hace tiene que ser facturable en alguna medida. Y ese ramillete de relaciones humanas en que una generación y las generaciones que se van, del pasado, intentan volcar un poco de experiencia para el devenir de las nuevas es casi una función que no existe.

Rota la mesa familiar por diversas razones, a veces hasta por un aparato de televisión. Muy poco tiempo queda para hablar de estas cosas que no tienen precio, pero que son el cerno de las relaciones familiares, de las relaciones de confianza.

Entonces, me doy cuenta de qué desperdicio de vida y de qué costo tiene el hecho de no entender que cada mujer entrada en años o que cada hombre entrado en años tiene un papel que cumplir de ser amigo, de ser natural confesor de la gente que está saliendo del cascarón, que debe ser un oasis para la soledad de los jóvenes, cuando están en encrucijadas difíciles. Y vaya que sabemos que de todo esto frecuentemente los jóvenes no tienen otro camino que replegarse sobre su mutua ingenuidad.

Los jóvenes van con jóvenes y más jóvenes, y los viejos se quedan a añorar su jubilación, tal vez.

Y pienso sencillamente lo evidente: así como me parece ridículo, estúpido, criminalizar a la juventud —me parece realmente temerario criminalizar a la juventud por el hecho de ser joven—, también me parece un disparate, un derroche de civilización y de experiencia el despreciar a los viejos y considero además que idealizar una etapa u otra de la vida es una tontería inútil de carácter mayúsculo.

El quid de la cuestión está en remarcar permanentemente lo hermoso, y diría más, lo casi milagroso que es estar vivo, y entender que este mundo no puede ser ni un valle de lágrimas para ganarnos los caminos del paraíso, ni cosa parecida, que hay que defender y luchar para que esta vida tenga una cuota creciente de felicidad arriba de la tierra, sin hacerle pagar el precio a los demás.

Esto, tan simple, tan sencillo: amor a lo cotidiano, amor a la sencillez y, en el fondo, amor a la vida es una tarea permanente y sistemática que impacta la ausencia de estos caminos cuando uno va y ve en una cárcel tanta gente joven en una de las edades más gloriosas de la vida perdiendo vida, o ve los disparates que se ven en las calles, jugando con la muerte inútilmente, y se da cuenta de que lo que está fallando no son los muchachos, lo que está fallando es la acción de los veteranos en la cabeza de los muchachos.